6. Rafael, el contrabandista

Cristian y Beatriz tardaron una semana en llegar hasta Sinda, y una vez allí no fue fácil seguir la pista de Rafael, el contrabandista que podía tener la cura para las plantas. Preguntaron a muchas personas y pocos les respondieron, y de los que lo hicieron muy pocos sabían algo sobre él. Finalmente lograron hablar con un hombre que era socio de Rafael.

Tardaron varias horas en convencerle de que les presentara a Rafael, puesto que el contrabandista tenía muchos enemigos y su ubicación debía ser secreta. Además, el socio de Rafael quiso cerciorarse de que tuvieran dinero con el que pagarle. No habían previsto traer grandes cantidades de dinero consigo y parte lo habían gastado por el camino, pero acordaron que podrían ofrecer una de las espadas de Cristian como pago si la cura era verdadera. Finalmente, el socio les organizó una reunión con Rafael a las afueras de la ciudad aquella noche.

Los dos jóvenes fueron a la hora prevista al lugar de la reunión, a las orillas de un río. La luna creciente estaba en lo alto, semi oculta por las nubes y la noche era tranquila. Mientras se aproximaban, escuchaban el suave murmullo del río. Entonces fue interrumpido por un grito.

Corrieron a ver lo que ocurría y al llegar a la orilla vieron a un hombre de pelo oscuro huir de otro hombre encapuchado que tenía una espada en la mano. El perseguido se metió entre los árboles y cuando su atacante fue a seguirlo cayó en una trampa. Al pisar un lazo, éste tiró de él desde el tobillo para que quedara colgado boca abajo.

El hombre que había sido atacado era de estatura media con abundante barba y vestía con un elegante abrigo negro con una banda y un cinturón de cuero marrón. El agresor era un hombre cuya parte inferior del rostro estaba cubierta por una máscara gris, su ropa era negra con protecciones grises, llevaba una banda de cuero con varios dardos y un cinturón de cuero del que colgaban un par de dagas y la vaina de su espada.

- Parece que has caído en mi trampa - dijo con picardía el hombre barbudo saliendo de entre los árboles. - Sabía que tarde o temprano vendrías a por mí, Raúl, maestro asesino, la sombra que acecha, el terror de los poderosos. -

Con un rápido movimiento, el asesino se dobló sobre sí mismo para llegar a cortar la cuerda de la trampa. Aterrizó de pie y se abalanzó sobre su víctima, la tiró al suelo y la apuntó con sus espada.

- Rafael, el contrabandista, te has ganado un poderoso enemigo que me ha pagado bien por matarte - dijo Raúl con voz suave.
- ¿Cuánto te ha ofrecido? - preguntó Rafael. - Estoy a punto de ganar una fortuna, podríamos repartirla. -
- Lo siento, pero yo siempre cumplo mis tratos - respondió el asesino.

Raúl alzó su espada y la movió hacia abajo para clavarla en el corazón de Rafael, pero Cristian intervino y con la espada que le había devuelto Beatriz bloqueó el ataque del asesino.

- Lo siento, pero no puedo permitir que lo mates - dijo Cristian.

Raúl se echó hacia atrás colocando su espada en posición de combate, Cristian se incorporó y blandió con firmeza su espada delante de él.

- No sé quién eres, pero si te interpones en mi camino morirás - le advirtió Raúl.
- Eso ya lo veremos - le respondió el joven.

Ambos lucharon con sus espadas en un duelo feroz. Rafael se echó hacia atrás sorprendido y Beatriz corrió junto a él para tranquilizarlo y ayudarlo a ponerse en pie.

- Vosotros debéis de ser esos clientes con los que debía verme - le dijo Rafael a Beatriz, aún agitado.

Beatriz asintió y miró hacia donde Cristian y el asesino se batían. Ambos eran excelentes luchadores y el combate estaba muy igualado. Cristian se había entrenado duro en Ímpira, pero el asesino que no era mucho mayor que él, también estaba bien entrenado. Raúl lanzó un par de dardos con su mano izquierda, Cristian los bloqueó con su espada, pero Raúl aprovechó la distracción para lanzarle una estocada con su espada. El aprendiz de caballero trató de apartarse, pero la espada de Raúl lo hirió en el costado. Cristian hizo una leve mueca de dolor, sin embargo no bajó el ritmo y se lanzó de nuevo a la carga.

Entonces Beatriz conjuró a las fuerzas de la naturaleza y una poderosa corriente de aire empujó al asesino lanzándolo por los aires a dos metros de distancia. Después con ágiles movimientos de manos, usó su poder para hacer crecer unas rígidas enredaderas en torno a Raúl que lo ataron. Cristian envainó su espada y se acercó a Rafael y Beatriz.

- Vosotros no sois clientes normales - comentó Rafael. - Pero me alegro, hasta ahora nadie había podido vencer a Raúl, el maestro asesino. Os debo la vida - admitió y con una pomposa reverencia se presentó - yo soy Rafael, hombre de negocios, pícaro, el que todos consideran el mejor contrabandista de Cofrida. -
- Y un ladrón que pronto estará muerto - comentó Raúl desde sus ataduras forcejeando para intentar coger uno de sus cuchillos con el que cortar la planta que lo retenía.

Beatriz levantó la mano hacia él y el tallo se apretó más en torno a él.

- Mi gama de ofertas es amplia y de calidad, ¿qué puedo ofreceros? - preguntó Rafael.
- ¡La cura para las plantas! - exclamó Beatriz centrando de nuevo su atención en el contrabandista.
- ¿De verdad sabes cómo curar los cultivos del oeste? - preguntó Cristian con cierto escepticismo.
- Claro que sé cómo curarlos, también porque sé cuál es la causa - dijo orgulloso Rafael.
- ¿¡En serio?! - exclamó con ilusión Beatriz.

- Por supuesto, pero para que comparta esa información con vosotros y la cura, ¿qué me ofrecéis? - preguntó Rafael.
- Te hemos salvado la vida - comentó Cristian.
- Bueno, eso es cierto, creo que es justo que comparta mis conocimientos con vosotros - admitió Rafael. - Está bien ¿Qué les ocurre a los cultivos? Pues vereis, no es ninguna enfermedad, ni ningún tipo de plaga, el problema es más profundo, está en la propia vida. -